

Capítulo 5: Consagración

La promesa de Dios es: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13).

Debemos dar todo nuestro corazón a Dios, o no podremos ser transformados a su semejanza. Nuestros corazones pecaminosos son diferentes de Dios y naturalmente se apartan de Él. La Biblia describe cómo somos: «muertos espiritualmente»; «vuestro corazón y vuestra mente están enfermos»; «no hay parte sana en vuestro cuerpo» (Efesios 2:1; Isaías 1:5, 6). Los pecadores están sujetos por Satanás. Están en «la trampa del diablo, que los había capturado y los había hecho obedecer su voluntad» (2 Timoteo 2:26).

Dios quiere sanarnos. Quiere ponernos en libertad. Para hacerlo, debe cambiarnos por completo para que tengamos nuevos deseos y hábitos. Pero no puede hacerlo hasta que nos entreguemos completamente a Él.

La batalla contra el yo es la batalla más grande jamás librada. Es difícil para nosotros entregarnos a Dios y permitir que Él controle nuestras mentes. Pero debemos dejar que Dios gobierne, o no podrá hacernos nuevas y santas personas.

Satanás quiere que creamos que seremos esclavos en el reino de Dios, sometiéndonos ciegamente a demandas irrazonables. Dice que Dios nos pide que le obedezcamos sin dar razones para sus mandamientos. Pero esto no es verdad. Servimos a Dios con nuestra razón y también con nuestra conciencia. Dios dice al pueblo que ha creado: «Venid ahora, y razonemos juntos» (Isaías 1:18, KJV). Dios no nos obliga a obedecer. No puede aceptar nuestra adoración a menos que la ofrezcamos libremente y con la mente.

Ser forzados a obedecer a Dios impediría que desarrolláramos nuestras mentes y nuestros caracteres. Seríamos como máquinas, y esto no es lo que nuestro Creador quiere. Él quiere que nosotros, la obra cumbre de la Creación, hagamos el mejor uso posible de nuestras mentes y cuerpos. Nos enseña acerca de las grandes bendiciones que quiere traernos mediante su gracia.

Dios nos invita a entregarnos a Él para que pueda guiarnos y llevar a cabo sus planes para nosotros. Nos da el derecho de elegir lo que hemos de hacer. Podemos elegir ser librados del pecado y participar de la maravillosa libertad que Él da a sus hijos.

Cuando nos entregamos a Dios, renunciamos a todo lo que nos separaría de Él. El Salvador dijo: «Ninguno de vosotros puede ser mi discípulo si no renuncia a todo lo que tiene» (Lucas 14:33). Debemos renunciar a todo lo que aparta nuestro corazón de Dios.

Muchas personas adoran las riquezas. El deseo de riquezas y el amor al dinero los atan a Satanás. Otras desean el honor más que cualquier otra cosa. Quieren que la gente los admire y los alabe. Aún otras desean una vida fácil y egoísta, libre de preocupaciones. Pero debemos apartarnos de todo esto. No podemos pertenecer mitad a Dios y mitad al mundo. Somos hijos de Dios solamente cuando somos enteramente suyos.

Algunas personas dicen que sirven a Dios, pero tratan de obedecer sus leyes sin su ayuda. Por sus propias obras tratan de desarrollar un buen carácter y recibir la salvación. Sus corazones no son conmovidos por el amor de Cristo. Tratan de hacer buenas obras porque piensan que Dios lo exige para que ellos alcancen el cielo. Semejante religión no vale nada.

Cuando Cristo vive en nosotros, seremos llenos de su amor. El gozo de su amistad nos hará querer estar cerca de Él. Pensaremos en Él tanto que olvidaremos nuestros deseos egoístas. El amor a Él guiará cada acción. Si sentimos el amor de Dios, no preguntaremos cuán poco podemos hacer para obedecerle. Trataremos de hacer todo lo que nuestro Redentor quiere. Las personas que dicen ser cristianas y no sienten un profundo amor por Cristo usan palabras sin significado. Seguir a Cristo es un trabajo difícil para ellas.

¿Debemos sentir que es demasiado dar todo a Cristo? Debemos hacernos la pregunta: «¿Qué ha dado Cristo por mí?» El Hijo de Dios dio todo —vida y amor y sufrimiento— para salvarnos. ¿Podemos nosotros, que no valemos este gran amor, retener nuestros corazones de Él?

Cada momento de nuestra vida hemos recibido las bendiciones de su gracia. Debido a esto, nunca podremos saber realmente de cuántos problemas hemos sido salvados. ¿Podemos mirar a Aquel que murió por nuestros pecados y apartarnos de semejante amor? Nuestro Señor de gloria se humilló a sí mismo. ¿Nos quejaremos porque debemos luchar contra el egoísmo y ser humildes?

Muchos corazones orgullosos preguntan: «¿Por qué necesito humillarme y arrepentirme de mis pecados antes de estar seguro de que Dios me aceptará?» Os señalo a Cristo. Él fue sin pecado. Él era el Príncipe del cielo, y sin embargo tomó nuestro lugar y cargó con todos nuestros pecados. «Él voluntariamente entregó su vida y compartió la suerte de los malvados. Él tomó el lugar de muchos pecadores y oró para que fueran perdonados» (Isaías 53:12).

¿Qué damos cuando le entregamos todo? Le damos a Jesús un corazón pecaminoso para que Él lo purifique y lo limpie. Le pedimos que nos salve por su amor infinito. Y sin embargo, la gente piensa que es difícil renunciar a todo. Me avergüenzo de oír estas palabras; me avergüenzo de escribirlas.

Dios no nos pide que renunciemos a nada que sea bueno para nosotros conservar. Él piensa en lo que es mejor para nosotros. Desearía que todos los que no han elegido a Cristo pudieran comprender esto. Cristo tiene algo mucho mejor para ellos de lo que ellos podrían pedir para sí mismos. Las personas no son justas consigo mismas cuando van contra lo que Dios quiere.

No podemos encontrar verdadero gozo andando por el camino que Él nos dice que no tomemos. Él sabe lo que es bueno para nosotros, y tiene el mejor plan para cada persona. El camino de desobedecer a Dios es el camino de la infelicidad y de la muerte.

No pienses que a Dios le gusta ver sufrir a sus hijos. Todo el cielo está interesado en nuestra felicidad. Nuestro Padre celestial no nos impide hacer nada que nos traiga verdadero gozo. Nos pide que nos apartemos de los malos hábitos y de otras cosas que nos traerán sufrimiento. Él sabe que nos impedirán la felicidad y el cielo.

El Redentor del mundo acepta a las personas tal como son, con todas sus debilidades y sus muchos defectos. Pero lavará sus pecados y los redimirá mediante su sangre. Satisfará los deseos de todos los que estén dispuestos a llevar su carga y compartir su obra. Quiere dar paz y descanso a todos los que vienen a Él. Les pide que hagan solamente aquellas cosas que conducirán a una gran felicidad. Los que no obedecen no pueden conocer este placer. El verdadero gozo es tener a Cristo, la esperanza de gloria, en la vida.

Muchas personas preguntan: «¿Cómo puedo entregarme a Dios?» Quieren entregarse a Él, pero su fuerza moral es débil. Dudan de Dios y están controlados por hábitos pecaminosos. Sus promesas se rompen fácilmente, como cuerdas de arena. No pueden controlar sus pensamientos ni sus deseos. Debido a que no pueden cumplir sus promesas, pierden la confianza en sí mismos y se preguntan si son sinceros. Sienten que Dios no puede aceptarlos. Pero no deben perder la esperanza.

Todos necesitamos entender el valor de la fuerza de voluntad. El poder de elegir es el poder que gobierna la vida. Todo depende del uso correcto de este poder. Dios ha dado el poder de elegir a cada persona, y es de ellos para que lo usen. No podemos cambiar nuestros corazones. No podemos por nosotros mismos dar nuestro amor a Dios. Pero podemos elegir servirle. Podemos darle los poderes de nuestra mente. Entonces Él nos ayudará a elegir el camino correcto. Todo nuestro ser será guiado por el Espíritu de Cristo. Amaremos a Dios, y nuestros pensamientos serán como los suyos.

Es correcto que deseemos ser buenos y ser santos. Pero no debemos detenernos allí. Estos deseos no nos ayudarán. Muchas personas se perderán mientras esperan y desean ser cristianas. No llegan al punto de rendir los poderes de la mente a Dios. No eligen ser cristianos.

Un cambio completo puede hacerse en nuestras vidas mediante el uso correcto del poder de elegir. Cuando nos ponemos del lado de Dios, Él nos da su gran poder para sostenernos. Al entregarnos a Dios cada día podremos vivir una vida nueva, la vida de fe.